Globethics Repository



Cita con Jesucristo [Appointment with Jesus Christ]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Rios, Pastor Roberto E.
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-14 05:42:56
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/155907

CITA CON JESUCRISTO *

Amigo oyente:

Hace pocos días tuve que visitar una parte poco conocida del gigantesco cementerio principal de la ciudad de Buenos Aires, con motivo del fallecimiento de un amigo. Esta zona se caracteriza por contar con nichos subterráneos, y casi no se ve a flor de tierra más que las cruces que señalan las tumbas de los que han sido enterrados. Cerca de la ciudad de Manila, en las Filipinas, hay un cementerio parecido, donde descansan los restos de los soldados norteamericanos que murieron en la guerra del Pacífico durante la última contienda mundial. En ambos casos, uno sólo ve una serie de cruces blancas, todas idénticas, salvo las inscripciones con nombres y fechas.

Y en esta ocasión, me detuve a pensar un poco más que de costumbre en el significado de esas cruces. Para la fe cristiana es propio que estén allí donde diariamente nuevas familias y nuevos grupos de amigos llegan a despedirse de sus seres queridos. Porque para el Evangelio, la cruz es símbolo de la muerte de nuestro Salvador y también de su triunfo sobre la muerte.

Pero mucho nos tememos que para muchos, quizá para la mayoría, esas cruces sólo marcan una cita con las lágrimas; son como invitaciones que dicen: "Aquí es donde corresponde llorar a Fulano de Tal". Son como postes indicadores del lugar en que debemos mirar hacia atrás, a la zona donde guardamos los recuerdos del que se nos ha ido. O como el árbol donde tenemos que atar el caballo, deteniendo nuestra marcha para pensar un poco acerca de lo que ahora significa la vida para nosotros, ahora que el otro ya no está a nuestro lado.

Y, por supuesto, la cruz tiene algo de todo esto. Porque ante todo es un símbolo de que la fe cristiana está basada en hechos reales, que sucedieron en un lugar y en un momento determinado de la historia, y por lo tanto es una invitación a recordar el pasado, a revivirlo. Y también es un llamado a reflexionar seriamente sobre el aquí y el ahora. Porque la fe cristiana está basada en hechos históricos y exige de nosotros respuestas concretas hoy y aquí.

Pero decir esto no es suficiente. Porque, como escribió un gran pensador inglés, Jesús "no nos saluda desde el pasado, sino que nos llama desde el futuro". Lo que significa decir que él no sólo fue una

* Trabajo preparado para la audición radial "Cristo Vive", con fecha 28 de mayo de 1976.

figura histórica que se movió a través del escenario de la historia, diciendo y haciendo cosas maravillosas, dejando un ejemplo extraordinario de vida auténticamente humana, sino también alguien que se nos adelantó en el camino y de allá adelante, nos está llamando a compartir su vida. Lo que hace de la cruz también una señal caminera, un indicador de ruta.

El Evangelio según San Mateo termina con estas palabras de Jesús dirigidas a sus discípulos: "Sepan que yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo". Esta promesa es uno de los hechos centrales de la fe cristiana: y quiere decir que los cristianos "no adoran" a un Cristo muerto, que se pudrió en una tumba.

En la novela **El manto sagrado**, de Lloyd Douglas hay una escena en la que Marcelo, un centurión romano convertido al cristianismo, está siendo testigo del apedreamiento de Esteban, el primer mártir cristiano. Al sentirse morir, Esteban se levanta sobre un brazo y grita en triunfo: "¡Lo veo! ¡Lo veo! ¡Mi Señor Jesús —llévame contigo!". Y cerrando los ojos, cae muerto. Marcelo mira a los ojos de un soldado que está cerca. Este murmura: "¡Eso fue algo extraño, señor!". "¡Más extraño de lo que tú crees!", exclamó Marcelo. "¡Yo hubiera jurado —dice el soldado— que ese griego ya estaba muerto, y, a último momento, se creyó que alguien venía a rescatarlo!". "Es que él lo vio realmente", grita Marcelo. Nervioso el soldado pregunta: "¿Tal vez el galileo que matamos días pasados?". "¡Ese galileo no está muerto, amigo mío!", declara Marcelo. "Está más vivo que cualquiera de nosotros".

Nuestra fe no es amarradero del pasado, que entierra a sus muertos y después se limita a llorarlos y recordarlos. Es una señal caminera que anuncia la presencia constante entre los hombres de quien un día nació en un pesebre para compartir para siempre nuestras penas y nuestras alegrías. De Jesús que no nos saluda desde el pasado sino que nos llama desde el futuro. Porque él también dijo: "Porque yo vivo, ustedes también vivirán". Entonces, las cruces de nuestros cementerios significan también esta promesa que aceptamos por fe. No porque Jesús nos haya descripto elocuentemente cómo ha de ser la vida después de la muerte. Ni porque la Biblia haya encontrado palabras suficientemente significativas para traducir esta fe, sino porque confiamos en quien ha hecho esa promesa.

Los creyentes somos, en este sentido, como aquel perrito que acompañó a su dueño en una visita a un amigo enfermo. El dueño entró en la habitación del amigo, dejando al perro afuera. Al rato nomás queriendo entrar, el perrito comenzó a rascar la puerta. El enfermo preguntó: "¿Por qué querrá entrar? ¡Después de todo, no conoce la casa, no me conoce a mí y este cuarto está lleno de olores que le resultarán molestos!". "Bueno —contestó el visitante— lo que pasa es que él sabe que yo entré a esta habitación y, aunque no sabe qué o quién más está aquí, porque su dueño está adentro él está dispuesto a entrar". Cosa parecida pasa con los cristianos, ¡si se nos perdona la comparación! No sabemos qué hay más allá, cómo serán

las cosas, pero si nuestro Señor pasó esa puerta y nos está esperando, eso nos basta.

Esta confianza no nos hace insensibles al dolor de una muerte. La separación duele y, a veces, nos golpea hasta dejarnos sin aliento. El cristianismo no propone una postura estoica, que reprima las emociones como si llorar frente a la muerte fuera sinónimo de falta de fe. Después de todo, Jesús lloró junto a la tumba de su amigo Lázaro y su fe y su visión del más allá eran, ciertamente infinitas en comparación con las nuestras. Esta confianza no nos hace insensibles al dolor porque el dolor es la contraparte del amor. Cuando se ama de verdad, no se puede ignorar la muerte del ser querido. Cuanto más fuerte es el amor, más profundo será el dolor. Pero esta confianza *en la vida con Cristo —al decir de San Pablo— le roba su aguijón* a la muerte, le quita su victoria.

Para citar una vez más a San Pablo, "¡por eso, nunca nos desanimamos. Pues aunque nuestro cuerpo se va desgastando, nuestro espíritu es renovado cada día. Porque lo que sufrimos en esta vida es cosa ligera, que pronto pasa; y nos trae como resultado una gloria eterna mucho más grande y abundante. Pues no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve; porque las cosas que se ven no duran, pero las que no se ven duran para siempre!".

No se espere, por lo tanto, añadimos nosotros, de la fe cristiana un mapa detallado del camino que lleva a la vida auténtica, porque no lo hay. No hay recetas preformuladas, no hay normas que se apliquen a todas las situaciones, no hay códigos válidos para la eternidad. Jesucristo no vino para nada de eso, porque si de eso se tratara no hubiera hecho falta que muriera en la cruz. El nos enseñó a pedir *por el pan que necesitamos para la jornada de hoy, que es suficiente* el afán de cada día, que no hay que exigir de Dios respuestas a largo plazo. El sencillamente nos tiende la mano y nos invita a seguirle, a tomar nuestra cruz cada día, y a dejar el futuro en sus manos. El nos llama a cumplir hoy con la tarea que nos ha asignado, confiando en que él conoce el camino que lleva a la vida, porque lo ha recorrido antes que nosotros.

Así mirados, los cementerios de que hablábamos al comienzo deben parecernos como ramilletes de flores blancas, eternamente frescas, porque la vida verdadera, de Jesucristo para acá, ha sido inaugurada entre los hombres.